



EL RETORNO DE LA LLUVIA TARDÍA

Oscar Pacheco



SERIE: LA GLORIA DE UN PODEROSO MENSAJE

ÍNDICE

ÍNDICE.....	1
INTRODUCCIÓN.....	2
¿QUÉ ES LA LLUVIA TARDÍA?	2
1888 Y LA LLUVIA TARDÍA	3
AGUACEROS DETENIDOS	6
UNA PEQUEÑA LLOVIZNA	7
EL RETORNO DE LA LLUVIA TARDÍA	8
CONCLUSIÓN	8

INTRODUCCIÓN

En el año de 1887, Elena de White escribió una cita icónica en relación al reavivamiento espiritual, ella dijo: “La mayor y más urgente de todas nuestras necesidades es la de un reavivamiento de la verdadera piedad en nuestro medio. Procurarlo debiera ser nuestra primera obra” (**Mensajes Selectos, Tomo 1, Pág. 141**). Hoy más que nunca, cómo pueblo adventista necesitamos ser reavivados por el poder del Espíritu Santo para salir, de una vez por todas, de nuestra condición laodicense y coma espiritual. Nuestros corazones áridos y secos por el frío y estéril formalismo necesitan urgentemente los aguaceros de gracia. Es imposible que cumplamos la misión y Cristo nos lleve a casa, viviendo bajo el paraguas de una religión tibia y sistemática. Cristo y el poder de su justicia son necesarios, urgentes e imprescindibles para que nuestra experiencia espiritual sea completamente renovada y su mensaje de salvación llegue hasta lo último de la tierra. Tal y como la iglesia primitiva fue refrescada con el rocío de la lluvia temprana en el año 34 DC, nosotros hoy en el umbral del tiempo del fin, anhelamos el cumplimiento de su promesa y así ser llenos de la plenitud del poder de Dios mediante la lluvia tardía. Pero, *¿Qué es este poder? ¿En qué consiste? ¿Es meramente una manifestación carismática o también la revelación de una verdad? ¿Ya fueron enviados los primeros aguaceros o aún los cielos no han sido abiertos para derramar la tan anhelada lluvia de gracia?* A lo largo de nuestro estudio trataré de contestar cada una de estas preguntas.

¿QUÉ ES LA LLUVIA TARDÍA?

Generalmente cuando hablamos de la lluvia tardía, nos referimos solamente al poder que el Espíritu Santo impartirá a la iglesia. Y efectivamente la lluvia tardía es sinónimo de poder. Sin embargo, no solamente es poder. Notemos a continuación, con que elementos la Escritura relaciona o vincula el concepto de lluvia:

1. **La Palabra de Dios.** *“Porque como descende de los cielos la lluvia y la nieve, y no vuelve allá, sino que riega la tierra, y la hace germinar y producir, y da semilla al que siembra, y pan al que come, así será mi palabra que sale de mi boca: no volverá a mí vacía, sino que hará lo que yo quiero, y será prosperada en aquello para que la envíe” (Isaías 55:10,11).*
2. **La enseñanza.** *“Goteará como la lluvia mi enseñanza: destilará como el rocío mi razonamiento; como la llovizna sobre la grama, y como las gotas sobre la hierba” (Deuteronomio 32:2). La palabra hebrea “imrá” que en este pasaje es traducida como “razonamiento” también significa “doctrina”. De hecho, versiones como la Reina Valera Antigua y la Biblia del Jubileo utilizan esta palabra en la traducción del pasaje. Otro texto que muestra la relación entre la enseñanza y la lluvia, lo encontramos en **Joel 2:23**, el cual dice: “Vosotros también, hijos de Sion, alegraos y gozaos en Jehová vuestro Dios; porque os ha dado la primera lluvia a su tiempo, y hará descender sobre vosotros lluvia temprana y tardía como al principio”. Hay dos aclaraciones lingüísticas que debo hacer sobre este texto. **(1)** En primer lugar, la expresión “primera lluvia”, corresponde a la palabra hebrea “moreh”, la cual significa literalmente “instructor” o “maestro”. De hecho, en **Proverbios 5:13** “moreh” se traduce como “los que me instruían” y en **Isaías 30:20** como “maestros”. “Moreh” deriva de la raíz “yarah”, que significa “dirigir”, “enseñar”, “instruir”. **(2)** En segundo lugar, la expresión “a su tiempo” corresponde a la palabra hebrea “tsedaqah”, la cual significa “con respecto a justicia”, “para justicia” o simplemente “justicia”. “Tsedaqah” aparece más de 150 veces en el Antiguo Testamento, pero en ninguna parte, a excepción de Joel 2:23, es traducida como “a su tiempo”. Así que el texto podría ser perfectamente traducido de la siguiente manera: “Vosotros también, hijos de Sion, alegraos y gozaos en Jehová vuestro Dios; porque os ha dado un instructor de justicia, y hará descender sobre vosotros lluvia temprana y tardía como al principio”. A luz de esta traducción, podemos inferir que la lluvia temprana y tardía son los medios que el Espíritu Santo (el instructor de justicia) utiliza para dar a conocer la justicia de Cristo. Es por esa razón que Jesús describió la obra del Espíritu Santo de la siguiente manera: “Y cuando Él venga, convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio” (**Juan 16:8**).*

3. **La justicia.** “Rociad, cielos, de arriba, y las nubes destilen la justicia; ábrase la tierra, y prodúzcanse la salvación y la justicia; háganse brotar juntamente. Yo Jehová lo he creado” (Isaías 45:8).

Así que, bíblicamente hablando, el concepto de lluvia está relacionado con la Palabra de Dios, su doctrina y su justicia. Por lo tanto, la lluvia tardía no es solamente un poder nebuloso, sino también un mensaje. **¿Cuál mensaje?** Para contestar esta pregunta debemos leer con mucha atención las siguientes declaraciones inspiradas:

“Pregunté por la causa de tan profundo cambio y un ángel me respondió: ‘Es la lluvia tardía; el refrigerio de la presencia del Señor; el potente pregón del tercer ángel’” (Primeros Escritos, Pág. 271).

Sin bien es cierto la lluvia tardía y el fuerte pregón, son distintos entre sí, pero jamás se los puede separar. La lluvia tardía es la *causa* y el fuerte pregón el *efecto*. El fuerte pregón no puede comenzar sin que haya iniciado previamente la lluvia tardía, sin que esta haya dotado al fuerte pregón de su luz y poder transformador. Es por eso que, a raíz de su profunda relación, Elena de White tiende a igualarlos en algunas partes de sus escritos, tal y como sucede en la cita que hace un momento leí, ella afirma mediante una equivalencia de expresiones que “la lluvia tardía” es “el refrigerio de la presencia del Señor” y “el potente pregón del tercer ángel”.

Ahora, **¿Qué es el mensaje del tercer ángel?** Elena de White responde: “Varios me han escrito preguntándome si el mensaje de la justificación por la fe es el mensaje del tercer ángel, y he contestado: ‘Es el mensaje del tercer ángel en verdad’” (Mensajes Selectos, Tomo 1, Pág. 437).

Cuando interpolamos estas dos citas, se llega fácilmente a la conclusión que la lluvia tardía está relacionada con el mensaje de la justicia de Cristo. Una equivalencia, que ya habíamos visto anteriormente en los escritos del profeta Isaías, cuando este emplea la figura de la lluvia para describir la justicia (**Isaías 45:8**). La lluvia tardía es el poder del cielo que llena la vida del creyente cuando este comprende la justicia de Cristo y permite que esta preciosa verdad renueve su corazón.

1888 Y LA LLUVIA TARDÍA

¿Cuándo iniciaron estos aguaceros? ¿Es un suceso de nuestra historia pasada o todavía debemos aguardar su total cumplimiento en el futuro? ¿Qué pensarías si te digo que los primeros chubascos de la lluvia tardía fueron enviados hace más de 130 años? La mensajera del Señor hablando acerca de lo que ocurrió en la Asamblea de la Conferencia General en el año de 1888 y la relación de este acontecimiento con la lluvia tardía, escribió:

“En su gran misericordia el Señor envió un preciosísimo mensaje a su pueblo por medio de los pastores Waggoner y Jones. Este mensaje tenía que presentar en forma más destacada ante el mundo al sublime Salvador, el sacrificio por los pecados del mundo entero. Presentaba la justificación por la fe en el Garante; invitaba a la gente a recibir la justicia de Cristo, que se manifiesta en la obediencia a todos los mandamientos de Dios. Muchos habían perdido de vista a Jesús. Necesitaban dirigir sus ojos a su divina persona, a sus méritos, a su amor inalterable por la familia humana. Todo el poder es colocado en sus manos, y él puede dispensar ricos dones a los hombres, impartiendo el inapreciable don de su propia justicia al desvalido agente humano. Este es el mensaje que Dios ordenó que fuera dado al mundo. Es el mensaje del tercer ángel, que ha de ser proclamado en alta voz y acompañado por el abundante derramamiento de su Espíritu” (Testimonios para los Ministros, Pág. 91).

El legalismo, que no es más que un amor propio disfrazado de religiosidad, era el terreno espinoso sobre el cual este mensaje tendría que abrir camino. La mensajera del Señor, comentando sobre la deprimente situación espiritual que nos caracterizaba en aquella época, escribió: “Como pueblo

hemos predicado la ley hasta que hemos llegado a estar tan secos como los montes de Gilboa. sin rocío ni lluvia. Tenemos que predicar a Cristo en la ley” (Review and Herald, 11/03/1990). El mensaje de 1888 presentado por los pastores Waggoner y Jones, es en esencia un exposición magistral y sublime del amor de Dios, un amor que vivificaría y refrescaría nuestros corazones que estaban más secos que los montes de Gilboa. Pero **¿Cómo es ese amor y por ende cuál es el contenido de ese mensaje?** Notemos a continuación algunas de sus características, extraídas de la cita que leí hace un momento en Testimonios para los Ministros. El amor de Dios es:

1. **Universal.** “Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna” (Juan 3:16). Dios ama a todo ser humano por igual. El amor que siente por nosotros, quienes estamos en este lugar adorándole y escuchando su Palabra, es el mismo que hace palpar su corazón por un criminal o un drogadicto. Cristo es el “Salvador del mundo” (Juan 4:42) y “hace salir su sol sobre malos y buenos. y... hace llover sobre justos e injustos” (Mateo 5:45). A través de su sacrificio en el Calvario, Él dio vida a toda la raza humana y la salvo de la muerte prematura, revirtiendo así la condenación que entro al mundo a causa del pecado de Adán. Es por esa razón que Pablo afirmó: “Así que, como por la transgresión de uno vino la condenación a todos los hombres, de la misma manera por la justicia de uno vino a todos los hombres la justificación de vida” (Romanos 5:18). Si el hombre elige apreciar por la fe ese don, disfrutará de él por la eternidad, pero si decide despreciarlo, disfrutará de él por un tiempo limitado. El eterno sacrificio de Cristo, que mantiene hoy con vida al pecador que no cree, es exactamente el mismo sacrificio que permite que aquel que cree disfrute eternamente de esa vida. Podemos elegir guardarla, o rechazarla, pero Dios, en Cristo, ha dado vida, su propia vida. “A la muerte de Cristo debemos aun esta vida terrenal. El pan que comemos ha sido comprado por su cuerpo quebrantado. El agua que bebemos ha sido comprada por su sangre derramada. Nadie, santo, o pecador, come su alimento diario sin ser nutrido por el cuerpo y la sangre de Cristo. La cruz del Calvario está estampada en cada pan. Está reflejada en cada manantial” (El Deseado de Todas las Gentes, Pág. 615).
2. **Eterno.** “Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo, según nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él, en amor habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo, según el puro afecto de su voluntad, para alabanza de la gloria de su gracia, con la cual nos hizo aceptos en el Amado” (Efesios 1:1-6). ¡Qué maravillosa verdad la que transmite este pasaje! Dios en su eterno amor, predestino a la raza humana y la adopto como su familia para salvarla, “la escogió en [Cristo] antes de la fundación del mundo”. No cabe duda que “la salvación de la raza humana siempre ha sido el objeto de los concilios celestiales”. Pero **¿Cuándo se acordó esa “bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo”?** Elena de White nos dice que este “pacto de misericordia fue hecho antes de la fundación del mundo [y] ha existido desde toda la eternidad y se lo llama el pacto eterno. Tan cierto como que nunca hubo un momento en que Dios no existiese, así de seguro nunca hubo un momento en que manifestar su gracia a la humanidad no fuese la delicia de la mente eterna” (Dios Nos Cuida, Pág. 74). Así que, la divinidad acordó esa bendición “en Cristo” a través del pacto eterno. Ni tu ni yo pudimos haber sido constituyentes de ese pacto ¿Cómo será esto posible, si este contrato fue establecido desde los días de la eternidad, antes de la existencia de cualquier ser humano? ¿Significa esto que el pacto eterno excluye a la raza humana? ¡No! Es ilógico pensarlo, puesto que el pacto se hizo por la raza humana. Entonces, ¿Somos constituyentes? ¡No! Si pusiste atención a la respuesta que di, notarás que use la preposición “por”, que en nuestro contexto significa “para la raza humana” o “en beneficio de la raza humana”; no use la preposición “con” que significaría “en compañía de la raza humana”. Seguramente te estarás preguntando **¿Cómo alcanza el pacto a la humanidad?** Pablo nos dice cómo, veamos: “Esto, pues, digo: El pacto previamente ratificado por Dios para con Cristo, la ley que vino cuatrocientos treinta años después, no lo abroga, para invalidar la promesa” (Gálatas 3:17). El apóstol iguala el pacto con la promesa. Es así como el pacto se ha extensivo a nosotros. Baja al hombre como una promesa, no

como un requerimiento, sino como un testamento de amor previamente realizado entre el Padre y el Hijo. La eternidad del pacto de la salvación nos muestra que el amor de Dios es incondicional *¿Entiendes esto? Él te amo antes que nacieras, cuando estabas solamente en su pensamiento. Aun sabiendo que ibas a resistirte a la atracción de su amor, Él lo desplego frente a ti constantemente para atraerte “con cuerdas de amor” (Oseas 11:4). ¿Puedes imaginar los raudales de amor que brotan del corazón de Dios para ti? Con razón el profeta Jeremías escribió: “Jehová se manifestó a mí hace ya mucho tiempo, diciendo: Con amor eterno te he amado; por tanto, te prolongué mi misericordia” (Jeremías 31:3).* Como padre dispongo de una comprensión pálida e imperfecta sobre este pasaje. Ame a mi hija aún antes que fuese concebida, extrañe tenerla en mis brazos sin haberla cargado nunca en ellos. Sin embargo, mi existencia es temporal, lo cual me imposibilito para amarla desde la eternidad. Pero Dios, si lo ha hecho con ella, y con cada ser humano que ha existido sobre la faz de la tierra.

3. **Proactivo.** *“Y cuando aún estaba lejos, lo vio su padre, y fue movido a misericordia, y corrió, y se echó sobre su cuello, y le besó” (Lucas 15:20).* El amor de Dios nos es estático o pasivo, su amor no entra en acción hasta recibir un estímulo, ¡No! Su amor te busca, aun cuando tú no le busques, y toma la iniciativa de tu salvación. No fue la oveja perdida la que busco al pastor, sino el pastor quien busco a la oveja (**Lucas 15:4-6**); no fue la moneda la que solicito a la mujer que la encontrase, sino la mujer quien emprendió una incansable y diligente búsqueda hasta encontrarla (**Lucas 15:8,9**); no fue la determinación del hijo prodigo en buscar a su Padre, sino el amor del Padre atrayéndolo mediante la nostalgia y los recuerdos de un hogar feliz, y es que *“cada anhelo de volver a Dios que nace en el alma no es más que el gemido de su Espíritu, buscando, rogando, y atrayendo al vagabundo al seno de amor de su Padre” (Testimonios para la Iglesia, Tomo 5, Pág. 595).* Estos cuadros nos muestran que *“la gracia es un atributo de Dios manifestado en favor de seres humanos indignos” y que nosotros “no la buscamos; [sino que] fue enviada para que nos buscara” (La Maravillosa Gracia de Dios, Pág. 20).* Esta proactividad del amor divino hace que *la salvación sea fácil y la perdición difícil.* Sin embargo, millones de cristianos piensan lo contrario. Pero *¿Qué dice la Biblia?* Jesús describió la salvación en **Mateo 11:30** como un “yugo fácil” y una carga ligera. Para el autor y consumidor de la fe, la salvación no es un sendero difícil, sino un yugo fácil; no es una maleta pesada y agotadora, sino una carga ligera. Pero *¿Que diríamos de la perdición? ¿Es fácil como la mayoría piensa?* Permitamos que el mismo Jesús responda esta pregunta, notemos lo que Él le dijo a Saulo cuando se le apareció camino a Damasco: *“Saulo, Saulo. ¿por qué me persigues? Dura cosa te es dar coces contra el aguijón” (Hechos 26:14).* Dios ha complicado el camino que conduce a la perdición, lo ha llenado de pesares, chascos y advertencias para que no se continúe. El amor de Dios es tal que los obstinados no pueden destruirse fácilmente. Para perderte tienes que resistirte constantemente al magnetismo de su gracia, nadar en contra de la influencia de su amor que te atraerá siempre al pie de la cruz desde el primer respiro hasta el estertor de la muerte.

4. **Transformador.** El mensaje de 1888 recalca una verdad bíblica que ha sido ignorada en el cristianismo, y es que el amor divino no solamente es perdón, sino transformación. Elena de White escribió que el amor de Dios *“es un manantial inextinguible de gozo y paz... Este amor es la vida de Dios, que obra con poder transformador en el alma, perfeccionando el carácter cristiano y haciendo partícipes a los seres humanos de la naturaleza divina” (Alza Tus Ojos, Pág. 127).* Mediante la promesa del nuevo pacto, Dios transforma y habilita al hombre para que sea obediente y *“enteramente preparado para toda buena obra” (2 Timoteo 3:17): “Pero este es el pacto que haré con la casa de Israel después de aquellos días, dice Jehová: Daré mi ley en su mente, y la escribiré en su corazón; y yo seré a ellos por Dios, y ellos me serán por pueblo” (Jeremías 31:33).* Muchos piensan que la obra de transformación del corazón depende de sus esfuerzos fervientes, determinación y fuerza de voluntad. Reducen, al igual que el mundo evangélico, el amor de Dios a un simple perdón o mera legalidad, descartando que exista una obra divina de transformación en el corazón del pecador. Cual fariseos de antaño, piensan que pueden perfeccionarse y refinarse a sí mismos, cuando el único que puede cambiar el corazón del hombre, no es el hombre, sino el poder de Dios. Ven la ley

como una serie de ordenes frías y requerimientos rígidos en vez de un listado de preciosas y poderosas promesas. Elena de White afirmó que “los Diez Mandamientos, harás, no harás, son diez promesas seguras para nosotros” y que “todo “no”, ya sea que se aplique a la ley física o moral, contiene o implica una promesa” (**La Maravillosa Gracia de Dios, Págs. 134, 266**). ¿Por qué seguir empeñados en creer que la obediencia es nuestra parte cuando en realidad es la obra de Dios en nosotros? Cuando consideramos que la obediencia es el fruto del esfuerzo humano en el contexto de la salvación, nos acercamos a Dios bajo nuestros propios términos y condiciones, ofreciéndole entrar en un pacto que no es el suyo, a esta actitud la Biblia le llama *Antiguo Pacto*. De acuerdo al apóstol Pablo, este convenio engendra esclavitud y es carnal; es decir, depende de las obras y promesas del hombre (**Gálatas 4:23-25**), en vez de depender de las obras y promesas divinas. El Antiguo Pacto fue explicitado al pie del monte Sinaí, cuando el pueblo de Israel, tras haber escuchado las promesas del pacto eterno, exclamo al unísono: “Todo lo que Jehová ha dicho, haremos” (**Éxodo 19:8**). Elena de White comenta que esa ocasión “los israelitas no percibían la pecaminosidad de su propio corazón, y no comprendían que sin Cristo les era imposible guardar la ley de Dios; y con excesiva premura concertaron su pacto con Dios. Al creerse capaces de ser justos por sí mismos” (**Patriarcas y Profetas, Pág. 341**). La verdadera y perfecta obediencia viene de Dios, desechemos la diabólica idea que nosotros podemos producirla mediante el esfuerzo y la disciplina, veamos la obediencia como lo que realmente es: *¡Una promesa divina!*

5. **Sacrificial y compasivo.** “Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús, el cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz” (**Filipenses 2:5-8**). Cristo mediante su encarnación nos muestra que el verdadero amor es empático, rebotante de compasión. Él nunca busco su propio beneficio, sino el de los demás (**1 Corintios 13:5**). El rey del universo dejó su trono de gloria para asumir la *“forma de siervo”* y ser *“hecho semejante a los hombres”*. “Habrá sido una humillación casi infinita para el Hijo de Dios revestirse de la naturaleza humana, aun cuando Adán poseía la inocencia del Edén... [por esa razón] Jesús aceptó la humanidad cuando la especie se hallaba debilitada por cuatro mil años de pecado” (**El Deseado de Todas las Gentes, Pág. 32**). Él se hizo uno con nosotros, tomo nuestra naturaleza caída, experimento nuestras angustias, pesares y tentaciones, empatizó completamente con la humanidad a fin de ser uno con ella: “Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado” (**Hebreos 4:15**). ¡Qué amor más extraordinario! Con mucha razón Elena de White escribió: “Sentimos la necesidad de presentar a Cristo como un Salvador que no está lejos, sino cerca, a la mano” (**Mensajes Selectos, Tomo 3, Pág. 205**).

Esta imagen del amor divino “es el mensaje que Dios ordenó que fuera dado al mundo. Es el mensaje del tercer ángel, que ha de ser proclamado en alta voz y acompañado por el abundante derramamiento de su Espíritu”. Así que, cualquier presentación de la lluvia tardía divorciada del mensaje de la justicia de Cristo es un falso llamado al reavivamiento y la reforma. Si alguna vez escuchas algo así, puedes estar seguro que ese llamado no es la voz de Dios, sino la voz de la serpiente que te invita a enfocarte en ti mismo para reformar tu vida espiritual.

AGUACEROS DETENIDOS

Pero, ¿Qué ocurrió con este mensaje que tenía por objetivo llenar al pueblo con la luz y plenitud del poder de Dios? Elena de White afirmó que “la terrible experiencia en la asamblea de Minneapolis [fue] uno de los capítulos más tristes en la historia de los creyentes en la verdad presente” (**The Ellen G. White 1888 Materials, Pág. 1796**) ¿Significa esto que el mensaje de la justicia de Cristo fue rechazado? Lastimosamente fue así, notemos la siguiente declaración:

“La falta de voluntad para renunciar a opiniones preconcebidas y aceptar esta verdad fue la principal base de la oposición manifestada en Minneapolis contra el mensaje del Señor expuesto por los hermanos [E. J.] Waggoner y [A. T.] Jones. Suscitando esa oposición, Satanás tuvo éxito en impedir que fluyera hacia nuestros hermanos, en gran medida, el poder especial del Espíritu Santo que Dios anhelaba impartirles. El enemigo les impidió que obtuvieran esa eficiencia que pudiera haber sido suya para llevar la verdad al mundo, tal como los apóstoles la proclamaron después del día de Pentecostés. Fue resistida la luz que ha de alumbrar a toda la tierra con su gloria, y en gran medida ha sido mantenida lejos del mundo por el proceder de nuestros propios hermanos” (Mensajes Selectos, Tomo 1, Pág. 276).

UNA PEQUEÑA LLOVIZNA

Sin embargo, a pesar del rechazo casi generalizado al mensaje, hubo lugares donde se recibió gozosamente, y como resultado los corazones fueron vivificados por el rocío de la lluvia tardía. Ella dijo: “si los pastores no quieren recibir la luz, quiero dar al pueblo una oportunidad; quizá puedan recibirla” (The Ellen G. White 1888 Materials, Pág. 152). En el colegio adventista de South Lancaster, Massachusetts, en Enero de 1889, Elena de White, A. T. Jones y S. N. Haskell predicaron en una serie de reuniones durante diez días, en los que “se compartió la sencilla historia de la cruz” a los jóvenes de dicha institución. Ella describió lo que allí ocurrió de la siguiente manera:

“En los discursos se presentó el preciso mensaje que el Señor ha enviado para su pueblo de este tiempo... Tanto los alumnos como los profesores han participado abundantemente en las bendiciones de Dios. Se ha sentido en casi cada corazón la obra profunda del Espíritu de Dios. Los que asistieron a la reunión dieron el testimonio general de haber obtenido una experiencia que iba más allá de lo que habían conocido anteriormente... No he visto nunca avanzar una obra de reavivamiento con una consistencia tal, y sin embargo estar libre de toda excitación indebida. No hubo invitaciones ni conminaciones. No se llamó al pueblo a que pasara al frente, pero existió la solemne conciencia de que Dios había llamado, no a los justos, sino a los pecadores al arrepentimiento... Parecíamos respirar la atmósfera misma del cielo” (Review and Herald, 05/03/1889).

Tras leer esta cita, no me queda duda que es el mensaje de 1888, el que hará posible que nuestra juventud sea reavivada y se enliste como un “ejército de obreros... bien preparados” para proclamar “a todo el mundo el mensaje de un Salvador crucificado, resucitado y próximo a venir” (Mensajes para los Jóvenes, Pág. 11). No es la música rítmica y estridente, las reuniones sociales o el entretenimiento lo que va a generar un cambio en los jóvenes, es Cristo y su justicia, solamente Cristo y su justicia.

En aquel año tuvieron lugar muchos otros encuentros campestres, y el congreso de la Asociación General de 1889 en el que Elena de White, Jones y Waggoner compartieron el mensaje de la justicia de Cristo, cosechando así resultados similares. Ella escribió como parte de sus remembranzas de esas reuniones:

“He viajado de lugar en lugar asistiendo a reuniones donde se predicaba el mensaje de la justicia de Cristo. Consideré un privilegio estar junto a mis hermanos [Waggoner y Jones] dando mi testimonio con el mensaje para el tiempo... Vi que el poder de Dios asistía al mensaje allí donde se lo presentó... Las personas confesaban sus pecados y se apropiaban de la justicia de Cristo. Dios ha puesto su mano en esta obra... El mensaje llevó en todo lugar a la confesión del pecado, y a expulsar la iniquidad” (Manuscript Releases, Pags 257,258)

Muchos conocieron una nueva experiencia al escuchar y aceptar de corazón el mensaje presentado. Pero muchos otros, incluyendo a algunos de los hermanos en la dirección de la obra, continuaron luchando contra el mensaje y los mensajeros, resistiendo así la atracción del amor de Dios manifestada en la cruz del Calvario. La mensajera del Señor afirmó que “si el pueblo de Dios se hubiera ido a trabajar enseguida después de la reunión de Minneapolis en 1888, el mundo podría

haber sido advertido en dos años y el Señor hubiera venido” (Boletín de la Conferencia General, 1892). ¡Así de trascendental es este mensaje! ¿Lo ves?

EL RETORNO DE LA LLUVIA TARDÍA

Seguramente te estés preguntando **¿Volverá la lluvia tardía a caer de nuevo? ¿Habrá un retorno de los aguaceros celestiales?** La respuesta es: ¡Sí! las promesas de Dios son fieles y verdaderas. En los últimos capítulos de la historia de este mundo, el apóstol Juan observa a “otro ángel descender del cielo con gran poder, y la tierra fue alumbrada con su gloria” (Apocalipsis 18:1), esta es una alusión clara y directa al fuerte pregón: la victoria del evangelio de Cristo y la bancarrota definitiva de Babilonia. El Señor ha prometido que “el mensaje de la justicia de Cristo resonará de un extremo de la tierra hasta el otro para preparar el camino del Señor” (Testimonios para la iglesia, Tomo 6, Pág. 27). Y a pesar de que exista nuevamente oposición, este mensaje avanzará con paso firme. “Los baluartes de Satanás nunca triunfarán. La victoria acompañará al mensaje del tercer ángel. Así como el Capitán de la hueste del Señor derribó los muros de Jericó, el pueblo que guarda los mandamientos del Señor triunfará y todos los elementos opositores serán derrotados” (Testimonios para los Ministros, Pág. 410). El mensaje de la justicia de Cristo podrá ser vilipendiado, censurado, rechazado o tildado de falsa luz, pero Dios allanará el camino, abrirá puertas, derribará argumentos y se encargará que este mensaje llene la tierra con su gloria, pues este “es el mensaje que Dios ordenó que fuera dado al mundo. Es el mensaje del tercer ángel, que ha de ser proclamado en alta voz, y acompañado por el derramamiento de su espíritu en gran medida” (Testimonios para los Ministros, Pág. 91).

CONCLUSIÓN

Robert Wieland, un hombre que Dios usó para traer de nuevo el mensaje de 1888 a la palestra doctrinal de adventismo, escribió una fabulosa analogía entre el pueblo judío de la actualidad y el pueblo adventista, la cual creo pertinente compartir antes de terminar este mensaje:

“¿Qué ha fallado? se pregunta el devoto judío ortodoxo, con angustia y perplejidad. Hasta el día de hoy se siente sinceramente perplejo cuando medita absorto en las antiguas predicciones que hizo el Señor a Abraham, Isaac y Jacob. ¿Cuándo despertará el Dios de nuestros padres y cumplirá sus largamente esperadas promesas de enviar un Mesías a Israel? ¿Cuándo hará de Jerusalén el júbilo de toda la tierra? ¿Han sido acaso en vano nuestros grandes anhelos mesiánicos? Los judíos que tienen la fortuna de poder ir a los lugares santos de Jerusalén, se reúnen en el muro de las lamentaciones, en el ángulo sudoeste del antiguo enclave del templo. Allí se deshacen entonces en súplicas y lamentaciones al Dios de sus padres. Nos gustaría darles un toque en el hombro y decirles: ‘Amigos, ¿podéis dejar de lamentaros! El Dios de Abraham, Isaac y Jacob no se ha dormido ni descuidado. Ha cumplido su promesa. ¡Envió fielmente al Mesías en Jesús de Nazaret! El único problema es que vuestros antecesores, no reconociéndolo, lo crucificaron’. ¿Podría ser que, para nosotros, los devotos adventistas, hubiese también una versión propia del muro de las lamentaciones?... Seguramente, seres celestiales desean darnos un toque en el hombro y decimos: ‘¡Cesad en vuestro lamento por las peticiones sin respuesta! Vuestras peticiones durante 130 años fueron ya contestadas. El Señor cumplió su promesa a los pioneros. Dios envió ya el comienzo de la lluvia tardía y el fuerte pregón. El único problema es que vuestros padres fallaron en reconocer el don celestial cuando este fue otorgado, y lo rechazaron de la misma forma en que los judíos rechazaron al Mesías hace dos mil años” (Introducción Al Mensaje de 1888, Págs. 13, 14).

Hace más de un siglo, Dios envió las lluvias de gracia que necesitábamos como pueblo para ser transformados y comunicar su mensaje hasta los confines de la tierra, pero lastimosamente cerramos nuestros corazones, cegados por el “orgullo teológico” rechazamos la sencilla y poderosa verdad de la justicia de Cristo. No gastemos nuestro tiempo pidiendo algo que ya fue dado, más bien empeñemos nuestro tiempo en “no saber de cosa alguna, excepto de Jesucristo y de este crucificado” (1 Corintios 2:2, NVI). Afortunadamente, hoy podemos decidir entre seguir el mismo camino, ese camino que detuvo y ha retrasado la lluvia tardía por tanto tiempo; o decirle al Señor

que la verdad de su justicia ilumine nuestro pensamiento y cambie nuestros corazones, imprimiendo así el carácter de nuestro amado Salvador en nosotros. “Ha llegado el tiempo cuando toda persona debiera comprender que tiene un alma que salvar o perder, un cielo que ganar y un infierno que evitar. Necesitamos comprender qué es lo que debemos hacer a fin de ser salvos” (Alza Tus Ojos, Pág. 54). Y “¿qué debo hacer para ser salvo?... Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo, tú y tu casa” (Hechos 16:30,31) Abraza las promesas de Dios, vive de cada Palabra que sale de su boca, Él está dispuesto a enviarte los aguaceros torrenciales de su gracia. “Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan? (Lucas 11:13). Vivimos tiempos solemnes, donde la oscuridad avanza por doquier. El mundo necesita conocer el amor de Dios en todo su esplendor. El carácter divino ha sido mancillado con ideas diabólicas. El Señor necesita vindicar su nombre, y nosotros somos el medio que usará para ese fin. Pero antes de emprender esta tarea, necesitamos alzar nuestra mirada al cielo y contemplar al Cristo crucificado para que nuestra gloria sea abatida en el polvo. No podemos ser llenos de Él si estamos llenos de egoísmo, materialismo, prejuicios, legalismo, mundanalidad e ideas humanistas sobre la salvación. Es tiempo que al igual que Pablo exclamemos: “Y aún más, yo estimo como pérdida todas las cosas en vista del incomparable valor de conocer a Cristo Jesús, mi Señor, por quien lo he perdido todo, y lo considero como basura a fin de ganar a Cristo” (Filipenses 3:8).

El pastor W. A. Colcord, uno de los pocos ministros adventistas que aceptó el mensaje de Minneapolis, y fue reconocido en su época por ser un gran defensor de la libertad de conciencia, escribió la siguiente declaración con la cual deseo finalizar este mensaje:

“¿Por qué comenzó el fuerte pregón como una obra hacia nosotros, en lugar de comenzar como una obra de nosotros? ¿Por qué comenzó con “la revelación de la justicia de Cristo, el Redentor que perdona el pecado” entre nosotros, tal como declaró la hermana White... en lugar de comenzar como el fuerte pregón de nosotros al mundo de la caída Babilonia? La respuesta a esas cuestiones ha de ser importante. Y es una respuesta simple: el Señor vio que nosotros mismos estábamos en necesidad de preparación, antes de estar en disposición de llevar a cabo la labor que él nos ha asignado. Vio que necesitábamos saber en qué consiste realmente el evangelio, el poder de Dios para salvación, antes de poder predicar a otros el evangelio eterno en poder y demostración del Espíritu... y que necesitábamos conocer y hablar desde la posesión personal de aquello que las iglesias habían perdido, antes de poder referir al mundo la causa de su caída. Él vio que como pueblo todavía no estaba en nosotros la mente que hubo en Cristo: que en nosotros todavía había egoísmo, que mirábamos hacia nosotros en procura de justicia, y hacia el yo en procura de una bondad que de ninguna forma estaba allí” (W. A. Colcord, “Why?”, The Home Missionary, 01/1893, Págs. 1,2).

¡Entienda todo aquel que tenga hambre y sed de la justicia de Cristo!